

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## **Catequesis**

AUDIENCIA GENERAL

# **El hombre en oración (4): Lucha nocturna y encuentro con Dios (Gn 32,23-33)**

25 de mayo de 2011

---

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero reflexionar con vosotros sobre un texto del Libro del Génesis que narra un episodio bastante particular de la historia del patriarca Jacob. Es un fragmento de difícil interpretación, pero importante en nuestra vida de fe y de oración; se trata del relato de la lucha con Dios en el vado de Yaboc, del que hemos escuchado un pasaje.

Como recordaréis, Jacob le había quitado a su gemelo Esaú la primogenitura a cambio de un plato de lentejas, y después le había arrebatado con engaño la bendición de su padre Isaac, ya muy anciano, aprovechándose de su ceguera. Tras huir de la ira de Esaú, se había refugiado en casa de un pariente, Labán; se había casado, se había enriquecido y ahora volvía a su tierra natal, dispuesto a enfrentarse a su hermano después de haber tomado algunas medidas prudentes. Pero cuando todo está preparado para este encuentro, después de haber hecho que los que estaban con él atravesaran el vado del torrente que delimitaba el territorio de Esaú, Jacob se queda solo y de repente es agredido por un desconocido con el que lucha durante toda la noche. Este combate cuerpo a cuerpo —que encontramos en Gn, 32—

El rival, que parece detenido y por tanto vencido por Jacob, en lugar de acoger la petición del patriarca, le pregunta su nombre: «¿Cómo te llamas?». El patriarca le responde: «Jacob» (v. 28). Aquí la lucha da un viraje importante. Conocer el nombre de alguien implica una especie de poder sobre la persona, porque en la mentalidad bíblica el nombre contiene la realidad más profunda del individuo, desvela su secreto y su destino. Conocer el nombre de alguien quiere decir conocer la verdad del otro, y eso permite poderlo dominar. Por tanto, cuando, a petición del desconocido, Jacob revela su nombre, se está poniendo en las manos de su adversario; es una forma de rendición, de entrega total de sí mismo al otro.

Pero, paradójicamente, en este gesto de rendición Jacob también resulta vencedor, porque recibe un nombre nuevo, junto al reconocimiento de su victoria por parte de su adversario, que le dice: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido» (v. 29). "Jacob" era un nombre que aludía al origen problemático del patriarca; de hecho, en hebreo recuerda el término "talón", y remite al lector al momento del nacimiento de Jacob, cuando, al salir del seno materno, agarraba con la mano el talón de su hermano gemelo (cf. Gn 25,26), casi presagiando la supremacía que alcanzaría en perjuicio de su hermano en la edad adulta; pero el nombre de Jacob remite también al verbo "engañar, suplantar". Pues bien, ahora, en la lucha, el patriarca revela a su adversario, en un gesto de entrega y rendición, su propia realidad de engañador, de suplantador; pero el otro, que es Dios, transforma esta realidad negativa en positiva: Jacob el engañador se convierte en Israel, se le da un nombre nuevo que implica una nueva identidad. Pero también aquí el relato mantiene su voluntaria duplicidad, porque el significado más probable del nombre "Israel" es 'Dios es fuerte, Dios vence'.

Así pues, Jacob ha prevalecido, ha vencido —es el propio adversario quien lo afirma—, pero su nueva identidad, recibida del contrincante mismo, afirma y testimonia la victoria de Dios. Y cuando Jacob pregunta a su vez el nombre a su adversario, éste no quiere decírselo, pero se le revelará en un gesto inequívoco, dándole la bendición. Aquella bendición que el patriarca le había pedido al principio de la lucha se le concede ahora. Y no es la bendición obtenida con engaño, sino la concedida gratuitamente por Dios, que Jacob puede recibir porque estando solo, sin protección, sin astucias ni engaños, se entrega inermemente, acepta la rendición y confiesa la verdad sobre sí mismo. Por eso, al final de la lucha, recibida la

que permite, finalmente, reconocer el rostro del Señor. Y cuando esto sucede, toda nuestra realidad cambia, recibimos un nombre nuevo y la bendición de Dios. Más aún: Jacob, que recibe un nombre nuevo, se convierte en İsraelz da también un nombre nuevo al lugar donde ha luchado con Dios y le ha rezado; le da el nombre de "Penuel", que significa 'Rostro de Dios'. Con este nombre reconoce que ese lugar está lleno de la presencia del Señor; santifica esa tierra dándole la impronta de aquel misterioso encuentro con Dios. Quien se deja bendecir por Dios, quien se abandona a ÉL, quien se deja transformar por ÉL, hace bendito al mundo. Que el Señor nos ayude a combatir la buena batalla de la fe (cf. 1Tm 6,12; 2Tm 4,7) y a pedir, en nuestra oración, su bendición, para que nos renueve a la espera de ver su rostro. ¡Gracias!

*(Saludo a los peregrinos de lengua española)*